



Las discontinuidades de la biopolítica foucaultiana al hilo de la propuesta de Antonio Negri

Jaime Paulino Cuenca y Rosa González Arcos

Introducción

Durante los últimos años la filosofía política se ha nutrido de la disputa entre modernidad y posmodernidad. A la luz de nuestra actualidad (tanto laboral y económica como ética, estética y epistemológica) tal debate no puede parecer más caduco. La posmodernidad resulta inevitable; tanto como impracticable. Con ella invocamos un extraño inmediato, *esto*, *este aquí y ahora* que moviliza y organiza la vida. Un nombre propio que denota sin posibilidad de recusación.

La posmodernidad carece de definición positiva pero es posible acotarla parcialmente a partir de lo que resbala en su superficie. Conceptos tales como clase social, patria, fuerza de trabajo o profesión han dejado de ser críticamente significantes. Y poco importa que tales conceptos tengan una orientación tradicionalmente emancipadora o conservadora, pues es, en definitiva, tal dicotomía la que se ha quebrado en los últimos años.

Pensar desde la posmodernidad, que no es pensar con o para la posmodernidad, exige herramientas nuevas, tanto para el diagnóstico como para una eventual redefinición de horizontes. Es en este contexto en el que los estudios *biopolíticos* aparecen con cierta potencia de recomponer una lectura crítica de la realidad, o al menos eso sugiere su creciente influencia en el ámbito académico.

Aun cuando se puede rastrear el uso del término hasta principios del siglo XX¹, el contemporáneo interés en la *biopolítica* tiene su origen en los últimos estudios sobre el poder de Michel Foucault. Con dicho concepto el filósofo francés ilustraba una novedosa expresión del poder, la más radical tal vez, vinculada directamente con la vida. Sin embargo, el tratamiento foucaultiano de lo biopolítico parece conformarse con la sugerencia y el tanteo antes que con la sistematicidad, alejándose de la precisión y agudeza con la que el propio Foucault habría demarcado otros conceptos relativos a su teoría del poder (basta observar que no hay resolución temática del análisis *biopolítico* en su bibliografía "intencional" y que sus investigaciones al respecto en los cursos del *Collège de France* ofrecen una lectura siempre fragmentaria y, cuando no tangencial, incómodamente ambigua).

Esto, contra lo que parece indicar, no sólo no ha sido obstáculo, sino más bien un estímulo para que el concepto se haya desarrollado con autonomía. Entre otros autores relevantes, Antonio Negri² ha hecho uso prolífico de lo biopolítico en sus últimos trabajos, convirtiéndose en uno de los principales exponentes de este nuevo paradigma de pensar la política. Sorprende, sin embargo, los pocos reparos que pone a un concepto tan discontinuo y trillado en el corpus foucaultiano, especialmente cuando pretende trazar una ligazón muy fuerte con él³.

¹ Concretamente hasta 1917, cuando Rudolf Kjellén publicó su *Der Staat als Lebensform*

² Por supuesto Giorgio Agamben (*Homo Sacer*) y Roberto Esposito (*Bíos*) serían los otros grandes nombres a los que cabría vincular con la cuestión contemporánea de la biopolítica. Sus interpretaciones, aunque también parten del maremágnum foucaultiano, resultan más fácilmente identificables.

³ Negri y Hardt encuentran la lectura de Deleuze sobre el tránsito a las sociedades de control en la biopolítica foucaultiana. *Empire*, págs. 22-23.

Este artículo parte de esa sorpresa y trata de ubicar esas discontinuidades en el tratamiento foucaultiano de la biopolítica con el objetivo de hacer inteligible, al menos, alguno de los puntos de apoyo de esta lectura negriana. Partiremos, por tanto, de una breve exposición de la propuesta de Hardt y Negri en su *Imperio* para luego situar las diversas marcas sobre las que se teje el desarrollo foucaultiano de la biopolítica entre 1976 y 1979.

La biopolítica en Imperio

La aproximación negriana a la biopolítica debe tomarse en consideración desde un doble punto de vista. El primero analiza las transformaciones en el ámbito productivo y da cuenta de un proceso según el cual cada aspecto de la experiencia humana, de la vida, entra a formar parte del proceso de valorización del capital. Referencias históricas a la producción posfordista aparte, el paradigma biopolítico sería el resultado de la radicalización del *general intellect*⁴ marxiano y de un proceso característicamente posmoderno, y globalizador, de *subsunción real de la sociedad en el capital*⁵.

El segundo tiene cierta dimensión trágica y se construye sobre la derrota de los códigos del *interés emancipatorio*, dando cuenta de los dos hechos siguientes: de un lado, la descomposición casi total de una práctica política fundada en la conciencia de clase; de otro, la institución en la neutralidad de un proceso de administración política de la existencia que abandona la categoría trabajo (bien en la forma “materialista” marxista de la plusvalía, bien en la forma “idealista” burguesa de la profesión) para replegarse en torno a la vida.

Así, en la propuesta de Hardt y Negri, *biopolítica* es un concepto que va más allá de la insinuación de tecnologías y dispositivos de poder: constituye todo un novedoso paradigma desde el que interpretar radicalmente la realidad del capitalismo globalizado. Según lo presenta en *Imperio*, este paradigma biopolítico habría sustituido al esquema típicamente disciplinario de comprender, analizar y resistir el poder. Para sostener este punto Negri se apoya en Deleuze, cuya teorización en torno a las sociedades de control permite explicar un cambio en la naturaleza de las relaciones de poder, que dejan de articularse en la dialéctica dentro/fuera⁶ para naturalizarse en un afuera insuperable. Son, pues, las sociedades de control el lugar en el que se desarrolla el cambio paradigmático consistente en el abandono de la producción disciplinaria por la biopolítica. El poder, en ese contexto, incide sobre la vida, una vida que ya no se ofrece como refugio porque es ella misma el lugar en el que se establecen las resistencias o se reproducen las servidumbres. Para sostener esto de una forma algo menos angustiada, Hardt y Negri establecen una diferencia entre biopoder y biopolítica⁷, correspondiendo el primero la dinámica del poder como tal y la segunda la capacidad de la vida, de la potencia de la vida, para responder y ofrecer resistencias.

Visto así cabe proponer a Foucault una doble interrogación: en primer lugar ¿cuál es la relación de implicación o exclusión entre biopolítica y disciplina? En segundo lugar ¿cuáles son los límites de una interpretación del capitalismo en clave

⁴ La inquietud negriana por el *general intellect* y, en conjunto, por el fragmento de las máquinas de los *Grundrisse* puede rastrearse al menos hasta las lecciones recogidas en *Marx más allá de Marx*.

⁵ Hardt & Negri, *Empire* págs. 25 y 332 y sig.

⁶ Dialéctica propia del régimen de encierro típicamente disciplinario y que tan bien analiza Foucault en *Vigilar y Castigar*.

⁷ Una diferencia que sin duda se remonta a la distinción spinoziana entre poder y potencia.

biopolítica? Tales son los hilos rojos que permitirían rastrear la paternidad foucaultiana de la lectura que acomete Negri al respecto de la biopolítica.

La intuición de la biopolítica: primera aproximación

Es común plantear el estudio de la obra de Foucault en tres etapas más o menos diferenciadas temáticamente: el saber, el poder y el sujeto. Estas transiciones temáticas (o “movimientos sísmicos” como los describe Deleuze) suponen agudas crisis categoriales en el desarrollo del pensamiento foucaultiano. La más profunda de ellas, y la más glosada, es la que cubre el silencio literario de ocho años entre la publicación de la *Voluntad de saber* en 1976 y *El uso de los placeres* en 1984 (respectivamente volumen primero y segundo de su historia de la sexualidad) y que presumiblemente prepara el giro “*subjetivo*”⁸ de su última etapa. Este silencio literario es, sin embargo, extremadamente elocuente, tal y como refleja el hecho de que la mitad de las intervenciones de Foucault recogidas en los *Dits et écrits* correspondan a estos años. Y resulta especialmente interesante observar cómo la cuestión de la biopolítica es, justamente, el elemento con el que comienza este tránsito. En lo que sigue vamos a considerar dos momentos relevantes para entender el proceso de gestación de dicho concepto: el curso de 1975-1976 y la publicación, el mismo año, de *La voluntad de saber*.

Así pues, la primera mención a un biopoder o biopolítica, de manera absolutamente indistinta, se da en la última sesión del curso 1975-1976, titulado *Hay que defender la sociedad*⁹. Aquí Foucault da cuenta de una transformación “masiva” en el derecho político del siglo XVIII, consistente en plegar el viejo derecho de soberanía a un “poder” completamente nuevo que resultaría su inversión formal: si el antiguo derecho del soberano consistía en la díada hacer morir/dejar vivir, la nueva naturaleza del poder articularía la díada hacer vivir/dejar morir. Y en este “hacer vivir”, Foucault radicalizaba la percepción general que había dirigido toda su teoría del poder: que el poder no es esencialmente represivo, sino, antes bien, productivo.

Un marcador que atraviesa todo el proceso de gestación de la biopolítica consiste en esta oposición con la aproximación jurídica del poder que representa derecho soberano. Pero no es la única cesura con un modelo de ejercicio del poder, pues también se separa de la interpretación del poder disciplinario. La disciplina en tanto que disposición de los cuerpos en el diagrama, su puesta “en serie y bajo vigilancia”, responde a una *escala* distinta a la que se estaría insinuando con el nuevo poder sobre la vida¹⁰.

La cuestión de la escala parece que puede explicar la doble articulación del poder moderno, de un lado *micro*, observando y corrigiendo la particularidad de cada cuerpo, de cada gesto; de otro *macro*, como grandes controles de población. Y es que

⁸ Plantear la cuestión de la subjetividad en Foucault es un problema profundo, teniendo en cuenta que gran parte de su obra parece estar en la vanguardia estructuralista y posestructuralista contra el sujeto moderno. No es extraño que se interprete esta presencia de la subjetividad en el último Foucault como una rectificación de su trabajo previo. Para evitar esta lectura, que consideramos particularmente tendenciosa, nos permitimos el entrecomillado a falta de otra caracterización, que sin duda escaparía a los propósitos del presente texto.

⁹ M. Foucault: *Hay que defender la sociedad*. Págs. 205-232.

¹⁰ Además, como se especificará más adelante, esta sucesión o complementación histórica que Foucault lee en la aparición de la biopolítica supone, también, una ruptura con el cierre que había supuesto la demarcación de la disciplina para su teoría del poder.

la población deviene, efectivamente, el nuevo actor que Foucault está analizando bajo el título de un poder sobre la vida: una actuación en abstracto sobre la natalidad, la mortalidad, la morbilidad que permite un nuevo régimen económico sobre la sociedad. Es a través de estos rasgos que se puede pensar la vida como evento regulable y asegurable. Además, el umbral que supone la aparición de la población ofrece las dos claves para comprender el sentido de la razón biopolítica: de un lado la *biologización* de la relación social, que presenta la población como organismo viviente y que redefine, de forma complementaria, la cuestión social como problema biológico y la cuestión de la vida como problema político. De otro la abstracción del objeto, que permite un tratamiento estadístico especialmente útil para un análisis en clave de peligrosidad y riesgo.

No hay que olvidar, sin embargo, que esta primera aparición de la biopolítica está estructuralmente ligada a un elemento distinto: el racismo. Para entender la vinculación conviene detenerse un instante en el programa de *Hay que defender la sociedad*. En este curso, Foucault se proponía ensayar la cuestión de la política desde el tema de la guerra¹¹. Para ello se había fijado en varios movimientos históricos, revolucionarios y reaccionarios, que habían tomado la cuestión de la guerra de razas como motivación política fundamental. El cambio que propone al final del curso tiene que ver con su articulación en las sociedades modernas. Es aquí donde hace aparición el racismo, pero revelándose como concepto fundamentalmente diferente al anterior: la guerra de razas estaba articulada políticamente mientras que el racismo se explicaba desde el saber biológico. La cuestión biopolítica hace aparición por primera vez para dar cobertura conceptual en esta dirección, dar una explicación al estatuto político de la raza fuera del escenario histórico de la guerra. La vinculación entre racismo y biopolítica es, sin embargo, algo confusa. En general puede decirse que, en el escenario biopolítico, sólo mediante el racismo puede tener actualidad el viejo derecho de muerte del poder soberano (el otro que muere no es un adversario político sino un riesgo higiénico que hay que esterilizar). Pero esta ubicación de la cuestión de la raza en el seno de las sociedades del *hacer vivir* se presenta de forma ambivalente en relación con la guerra. De un lado, en su análisis del nazismo, la cuestión racista no constituye sino la codificación biopolítica de un remanente ajeno a ella: la guerra y el poder de muerte¹². De otro, en su crítica a los socialismos, la guerra racial está tan vinculada al interior del modelo biopolítico como particularmente realizada en las revoluciones políticas. De hecho, según parece sostener, los socialismos son menos racistas cuanto más reformistas y menos revolucionarios devienen. Tal sería el caso del anarquismo o la Comuna frente a la socialdemocracia¹³.

¹¹ Ensayo que, por otra parte, no encuentra solución alguna fuera del citado curso y que puede sostenerse, verosímelmente, como fracaso en el sistema foucaultiano.

¹² No deja de resultar curioso que la lectura contemporánea de lo biopolítico recurra con cierta frecuencia a Carl Schmitt, cuyas tesis sobre "lo político", sobre todo en lo que tienen de justificación del tercer Reich, parecen coincidir tanto con las categorías que pone en juego el proyecto de *Hay que defender la sociedad* como refutar el análisis foucaultiano del nazismo.

¹³ Nótese para resaltar la ambigüedad entre estas posibles interpretaciones que al tiempo que se vincula el advenimiento de la biopolítica a la aparición de la administración institucional de la población ligada al desarrollo del estado moderno, Foucault retrotrae el tema al problema de la guerra, incluso desnuda de administración estatal, como es el caso de los socialismos menos o nada estatistas: "*Cada vez que vemos unos momentos de socialismo que acentúan el problema de la lucha tenemos racismo. De tal modo, las formas de socialismo más racistas fueron, sin duda el blanquismo, la Comuna y la anarquía, mucho más que la socialdemocracia, que la segunda internacional y que el propio marxismo*". De hecho, según sostiene inmediatamente después, el fin del racismo socialista está ligado a "*la dominación de la*

Las relaciones entre guerra, política, biopolítica y racismo son tratadas por Foucault con escasa claridad. No llega a concluir en qué medida la asociación inicial entre guerra y política (en su célebre inversión del aforismo de Clausewitz) se mantiene, se potencia o decrece con la aparición del racismo. Si siguiésemos una interpretación en el sentido de que el desarrollo de lo biopolítico es proporcional a la disolución política de la guerra, Foucault estaría proponiendo algo así como que las luchas de los más racistas, por ejemplo los anarquistas, caerían fuera de los márgenes de interpretación de una acción política. Conclusiones de tal calado, sin un esquema de investigación algo más nutrido, exigen, por lo menos, una gran cautela.

Por lo que a nosotros respecta, la cuestión del racismo constituye un primer punto de oscurecimiento, más que una iluminación, en el tránsito foucaultiano de la biopolítica, en especial en lo que respecta al tipo de proporción que cabe esperar entre "hacer vivir" y guerra.

La biopolítica en *la Voluntad de saber*

Tan sólo unos meses después de esta sesión se publica el primer volumen de la historia de la sexualidad, *La voluntad de saber*, título que supone la única bibliografía "intencional" sobre la cuestión de la biopolítica. La mención al término aparece en las pocas páginas introductorias a la ya de por sí breve sección V, y cuyo interés parece residir más en concluir el carácter aporético de la liberación sexual que en la exposición sistemática de una biopolítica que pudiera servir de fundamento al dispositivo de sexualidad¹⁴. Se recogen, no obstante, algunas de las aproximaciones más sugerentes y publicitadas sobre el tema: de un lado la del sentido productivo del poder en tanto que relación de fuerzas: "*un poder destinado a producir fuerzas, a hacerlas crecer y ordenarlas más que obstaculizarlas, doblarlas o destruirlas*"¹⁵. De otro, y de forma especialmente importante, el carácter de las resistencias en el escenario totalizante del *hacer vivir como vida resistente*: "*contra este poder aún nuevo en el siglo XIX, las fuerzas que resisten se apoyaron en lo mismo que aquel invadía --es decir, en la vida del hombre en tanto que ser viviente*"¹⁶

Salvo estas adiciones, motivadas, sin duda, por la diferencia programática que separa la concepción de *Hay que defender la sociedad* de *La voluntad de saber*, Foucault no añade en esta sección nada nuevo a lo dicho unos meses antes, salvo por una transformación en el esquema que no debería ser pasado por alto: aquí biopolítica y biopoder están jerárquicamente ordenados de tal forma que ya no pueden pensarse indistintamente. Según nos dice Foucault el poder ya no tiene como "*más alta función*" matar, sino "*invadir la vida enteramente*"¹⁷, y sería bajo este biopoder que se englobarían las dos grandes familias tecnológicas de la modernidad, las disciplinarias o anatomopolíticas (centradas en el cuerpo) y las propiamente biopolíticas (centradas en la población).

socialdemocracia" y de un "reformismo ligado a ella" (*Hay que defender la sociedad*. Pág. 225).

¹⁴ Aun de forma muy fugaz, hay que indicar que las aporías de la liberación sexual parecen derivar del carácter totalizador de un poder cuya función no es sino hacer vivir. En similares términos lo presenta Deleuze en su monografía, proponiendo que el pensamiento de Foucault culmina en "un cierto vitalismo" a la nietzscheana en respuesta a la entrada de la vida en el ámbito de administración del poder. (G. Deleuze: *Foucault*. Pág. 122)

¹⁵ M. Foucault: *La voluntad de saber*. Pág. 145

¹⁶ *Ibíd.* pág. 153

¹⁷ *Ibíd.* pág. 148

Aunque esta ordenación puede parecer un saludable ejercicio de síntesis para un libro publicable frente a lo ensayado, más o menos a tientas, en un curso escolar, establece una cesura importante en el análisis foucaultiano del poder. En *Vigilar y castigar* Foucault es taxativo a la hora de considerar el sentido y los límites de las relaciones de poder en la sociedad contemporánea: Según sanciona “*Nuestra sociedad no es la del espectáculo, sino de la vigilancia*”¹⁸. Apenas un año después nuestra sociedad es la del “*hacer vivir*”.

Y no sólo esto, la asimilación de la disciplina en el biopoder a partir de la que Foucault nos propone releer toda su teoría del poder, como veremos más adelante, queda seriamente adulterada por la introducción de nuevas categorías como la gubernamentalidad o los dispositivos de normalización y seguridad, truncando una culminación feliz que sugería Deleuze.

Esto parece certificar que la cuestión del poder sobre la vida sobreviene de manera imprevista en el discurso foucaultiano, y que tiene que esforzarse por readaptar sus categorías para dar cabida a ese nuevo concepto que está pariendo con cierta dificultad. Previamente a la gran crisis del pensamiento de Foucault, la cuestión de la biopolítica está causando ya un pequeño seísmo en su teoría del poder. Y no es descabellado conjeturar que, de hecho, estemos hablando de la misma crisis.

La nueva lógica.

En cierta medida, lo que se está poniendo en juego es una transformación en la lógica que rige la teoría del poder foucaultiana. Más concretamente, se produce una sustitución del modelo polémico de raigambre nietzscheana inicial (que seguía dando sentido a la hipótesis de partida de *Hay que defender la sociedad*) por el modelo de “gubernamentalidad” que ocupará la investigación de Foucault hasta, al menos, su curso dictado en 1983.

Pensar esta sustitución resulta una tarea ciertamente difícil, pues salvo puntualizaciones aisladas, el método de trabajo de Foucault es muy ilustrativo pero escasamente especulativo: una constante pregunta por el *cómo* que elude conscientemente la interrogación por el *qué*, complicando bastante la decisión de qué es lo que se está sustituyendo.

Con todo, se puede establecer con coherencia y escaso disenso que en su exhibición del funcionamiento del poder disciplinario, Foucault estaba proponiendo, *en primer lugar*, una teoría del poder a la nietzscheana, como relación de fuerzas; *en segundo lugar*, que tal teoría del poder precedía epistemológicamente a todo discurso ulterior; y *en tercer lugar* que se plegaba espacialmente en un diagrama. El poder en Foucault era, ni más ni menos que una magnitud vectorial. Esta podía expresarse de formas extremadamente sutiles, tanto como la virtualidad de la mirada en la arquitectura panóptica, pero, en cualquier caso, siempre bajo la fórmula de *una acción sobre la acción*¹⁹, flexión que permite pensar la condición relacional del ejercicio del poder, y, con ello, la posibilidad de las resistencias. Dicho de la forma más simple, si la relación de poder es una relación de guerra puede darse cuenta del otro bando. Tal intuición guía a Foucault desde el análisis de los saberes sometidos hasta la inversión de Clausewitz. Sin embargo ¿qué ocurre tras la introducción de una nueva categoría, la biopolítica, que, debido a su abstracción, no es enunciable en términos polémicos? Ya habíamos advertido que el tratamiento explícito de la cuestión de la guerra no termina de dar los frutos deseados en *Hay que defender la sociedad* y que lo biopolítico parece bailar en la ambigüedad de ese pequeño fracaso. La tentativa de

¹⁸ M. Foucault: *Vigilar y castigar*. Pág. 220

¹⁹ G. Deleuze, óp. cit. pág. 99.

Foucault de forzar la inteligibilidad polémica de la biopolítica le habría llevado, por otra parte, a la formulación vitalista de *La voluntad de saber* enfrentando, de forma aparentemente paradójica, el "hacer vivir" administrado a una "vida resistente" o concepto semejante. Pero tal posición se encontraba ante la dificultad insalvable de la escala poblacional que daba sentido singular a su concepción biopolítica. La población, en tanto que abstracción del objeto del poder, no ofrece resistencias porque no tiene manera de entrar en un diagrama; por más orgánico que se pretenda, o precisamente por eso, nunca es un cuerpo.

La solución foucaultiana pasa por ampliar categorialmente su análisis del poder, entrañando este proceso un más que probable cambio de paradigma. Para situar esta transformación hemos de acudir al curso de 1977-1978, titulado *Seguridad, territorio y población*, pero del que Foucault advierte que merecería un nombre más preciso, pues lo que realmente procura exponer es una historia de la gubernamentalidad²⁰.

La gubernamentalidad constituye, por tanto, el novedoso objeto de interés con el que Foucault pretende completar su teoría del poder y con ella salvar los problemas de inteligibilidad de la biopolítica. De hecho "gubernamentalidad" no supone sino la peculiar respuesta de Foucault al elemento que había evitado notoriamente en su lectura previa del poder: el Estado. Así, por gubernamentalidad Foucault entiende, entre otras acepciones, "*el conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las técnicas que permiten ejercer esa forma bien específica, pero muy compleja, de poder que tiene por blanco principal la población*"²¹. Esta demarcación de la población como objeto de la gubernamentalidad tiene su correlato en el propio proceso de "*gubernamentalización del Estado*", que sitúa como problema central de la modernidad²². Así pues, Foucault conduce de forma muy clara la presencia de la población como objeto de poder al ámbito del Estado gubernamentalizado (estableciendo fácilmente la correlación entre éste y biopolítica), introduciendo, para ello, un dispositivo complementario que hace aquí su primera aparición: el dispositivo de seguridad.

Foucault nos propone una lectura cargada de paralelismos y subordinaciones: de una concepción general del poder como "administración de la vida" a su historia como proceso de gubernamentalización del Estado. Todo esto caracterizado por el desarrollo de las tecnologías propias del dispositivo de seguridad y que tienen por objeto la regulación de la población. Pero para dar sentido a este nuevo dispositivo de seguridad hay que remitir a un nuevo concepto, que Foucault sustrae de las ciencias biológicas y físicas: *el medio*.

¿Qué ocurre, sin embargo, con la cuestión propiamente biopolítica? ¿Aparece más allá de la vinculación implícita al tratamiento de la población? Es cierto que Foucault refiere a la biopolítica no más de diez veces en todo el curso, pero también lo es que el tema de lo biopolítico aparece radicalmente ligado al problema de lo natural, que sí supone uno de los ejes vertebradores de este discurso foucaultiano de la gubernamentalidad. Es con el traslado a la cuestión natural como se nos revela la novedad de este planteamiento frente a las configuraciones previas del poder: "*Así como la soberanía capitaliza un territorio y plantea el gran problema de la sede de gobierno, y así como la disciplina arquitectura un espacio y se plantea como problema esencial la distribución jerárquica y funcional de los elementos, la seguridad tratará de acondicionar un medio en función de acontecimientos o series de acontecimientos posibles, series que será posible regularizar en un marco polivalente y transformable*."

²⁰ M. Foucault: *Seguridad, territorio y población*. Pág. 115

²¹ *Ibíd.* pág. 115

²² *Ibíd.* pág. 116.

El espacio propio de la seguridad remite entonces a una serie de elementos posibles, remite a lo temporal y a lo aleatorio, una temporalidad y una aleatoriedad que habrá que inscribir en un espacio dado"²³. Con su insistencia en pensar en clave espacial Foucault nos revela la gran diferencia entre lo disciplinario y lo biopolítico, y resulta tan clara como distinguir entre "arquitecturar" y acondicionar, entre delimitar y hacer habitable. Lo primero se nutre del plano, del diagrama, de la estratificación, del encierro; lo segundo de la gestión de la previsión, de la circulación, del afuera. Frente a la racionalidad total que supone el espacio puro de lo disciplinario, la espacialidad del medio es mixtura: está inscrita entre la naturaleza y la artificialidad y en última instancia se presenta bien como una naturaleza artificializada o como un artificio naturalizado. De nuevo, frente al poder disciplinario que establece de forma rigurosa la lógica de su funcionamiento interno, el análisis del medio propone la gestión de los imprevisibles, las respuestas flexibles, la capacidad de adaptación. Es el lugar al aire libre, y también el lugar de la circulación y el intercambio: *"El medio será el lugar en el que se da la circulación. Es un conjunto de datos naturales, ríos, pantanos, colinas, y un conjunto de datos artificiales, aglomeración de individuos, aglomeración de casas etc. el medio es una cantidad de efectos masivos que afectan a quienes residen en él. Es un elemento en cuyo interior se produce un cierre circular de los efectos y las causas, porque lo que es efecto de un lado se convertirá en causa de otro lado (...) a través del medio se apunta, por lo tanto, a ese fenómeno de la circulación de las causas y los efectos"*²⁴.

No hay que dejar de llamar la atención acerca de la importancia de este nuevo concepto espacial por dos razones. La primera es que da verdadero sentido a la cuestión de la seguridad y a la dimensión económica de lo asegurable (que ya se había indicado de forma absolutamente descarnada en la primera aproximación a la población). La segunda es su condición de espacio híbrido. No es meramente un espacio disputable en el juego de fuerzas, es un espacio propio de una naturaleza salvaje que puede artificializarse en el sentido de una naturaleza habitable. En resumidas cuentas, lo que parece que Foucault está haciendo con la introducción de esta categoría es allanar el terreno de análisis para buena parte de los problemas que le atañerán el siguiente curso: problemas ligados al acondicionamiento del mercado y al neoliberalismo.

El nacimiento de la biopolítica: segunda concepción

El curso de 1978-1979, titulado propiamente *El nacimiento de la biopolítica*, nos ofrece el último elemento en esta breve cronología foucaultiana. Lo consideramos especialmente interesante por dos razones: en primer lugar, da conclusión al análisis previo de gubernamentalización del Estado. En segundo lugar porque supone una completa anomalía en las investigaciones foucaultianas, ya que se ubica, por primera vez, en la contemporaneidad económica y política.

En este curso, que en principio promete un análisis minucioso del problema presentado tres años antes, la biopolítica ocupa, sin embargo, un lugar testimonial que alcanza poco más allá del título y algunos párrafos en la introducción. El curso, en definitiva, resulta un análisis pormenorizado de las diversas corrientes contemporáneas del liberalismo, en especial del ordoliberalismo o *neoliberalismo de la escuela de Friburgo*.

²³ Ibíd, pág. 34

²⁴ Ibíd, pág. 35

Ahora bien, aun con la ausencia de un análisis con nombre propio de la biopolítica, la investigación de Foucault al respecto del neoliberalismo ofrece el examen de un concepto etimológicamente idéntico: la *Vitalpolitik*.

Para comprender la novedad de este concepto, hace falta una breve introducción contextual. Frente al desarrollo de la gubernamentalización del Estado habían surgido respuestas críticas que demandaban menos gobierno. La hipótesis inicial del *laissez-faire* liberal parece constituir el contrapeso crítico a este proceso, ofreciendo una respuesta a la inquietud en clave de "¿cómo no ser gobernado?"²⁵. Sin embargo, lejos de constituir una estructura ajena al proceso de gubernamentalización, para Foucault la lógica del *laissez-faire* supone en realidad un gubernamentalización alternativa. Ésta adquiere su formulación más explícita en la *economía social de mercado* de raigambre ordoliberal.

La particularidad del ordoliberalismo dentro del liberalismo estriba en que no considera el mercado como estructura natural y contexto genuino de la interacción humana, tomando conciencia de la necesidad de intervenir a favor del mismo. La exigencia es, por tanto, crear cada vez las condiciones (precios, leyes de oferta y demanda) para hacer que los mecanismos de ese espacio flexible, que es el mercado, no dejen de funcionar. Con ello se da legitimidad dentro de la teoría liberal a la intervención estatal, siempre y cuando opere en el sentido de producir y mantener la libertad mercantil.

El *laissez-faire* del liberalismo clásico exigía la no intervención en el mercado; la teoría ordoliberal propone una intervención en lo social a favor del *laissez-faire*, que deja de ser una instancia crítica para convertirse en un auténtico programa de gobierno. El objetivo no es otro que hacer posible y estimular la competencia. A grandes rasgos puede decirse que la intervención tiene que efectuarse sobre el medio, pues hay que hacerlo habitable en la forma de mercado. Por supuesto este acondicionamiento mercantil del medio debe tomar en cuenta también a la sociedad. La intervención actuará, por tanto, sobre los procesos sociales, la vida social, para que se dé cabida en ellos una lógica mercantil. Es ésta la forma indirecta en la que Foucault nos presenta una concepción distinta de la biopolítica, oculta bajo el análisis de un concepto de Rüstow, la *Vitalpolitik*.

Según la definición del propio Rüstow, "una política de la vida, que no esté orientada esencialmente, como una política social tradicional, hacia el aumento de los salarios y hacia la reducción del tiempo de trabajo, sino que tome conciencia de la situación vital global del trabajador, su situación real, concreta, desde la mañana hasta la noche, de la noche hasta la mañana".²⁶

La glosa e interpretación de Foucault a esta *Vitalpolitik* añade: "no se trata de constituir una trama social en la que el individuo esté en contacto directo con la naturaleza, sino de constituir una trama social en la que las unidades básicas tengan, precisamente, la forma de empresa"²⁷.

La "empresarialización de la vida" aparece designada como la principal forma de intervención según la cual el mercado, y la sociedad que le es propia, se hacen posibles. El objetivo de la regulación empresarial de la vida es que cada pequeño aspecto de la cotidianidad sea comprensible como relación empresarial. Con esto Foucault desdibuja, además, la idea de una sociedad mediada por la mercancía, imagen que desde la crítica marxista más o menos heterodoxa (frankfurtianos y situacionistas) se había pensado el capitalismo. De lo que se trata, en definitiva, es de poner el énfasis en la competencia: "Lo que se procura obtener no es una sociedad

²⁵ M. Foucault: *Sobre la ilustración*. Pág. 7

²⁶ M. Foucault: *Nacimiento de la biopolítica*. Pág. 160

²⁷ *Ibíd.* pág. 161

sometida al efecto de la mercancía, sino una sociedad sometida a la dinámica competitiva. No una sociedad de supermercado: una sociedad de empresa"²⁸.

Y como se puede suponer, lo que se gesta a la sombra de esta empresarización de la vida es un proceso de subjetivación acorde al mercado, que ofrezca un individuo gobernable en el sentido de la economía, del *laissez-faire*. Valga esta larga cita como ilustración: "*El homo oeconomicus es quien obedece a su interés, aquel cuyo interés es tal que, en forma espontánea, va a converger con el interés de los otros. Desde el punto de vista de una teoría del gobierno, el homo oeconomicus es aquel a quien no hay que tocar. Se le deja hacer. Es el sujeto o el objeto del laissez-faire. Es en todo caso el interlocutor de un gobierno cuya regla es el laissez-faire. (...) el homo oeconomicus, es decir, quien acepta la realidad o responde de manera sistemática a las modificaciones en las variables del medio, aparece justamente como un elemento manejable, que va a responder en forma sistemática a las modificaciones sistemáticas que se introduzcan artificialmente en el medio. El homo oeconomicus es un hombre eminentemente gobernable*"²⁹.

Así, si tomamos en cuenta lo dicho sobre la Vitalpolitik, como empresarización de la vida y como proceso de subjetivación en clave de *homo oeconomicus*, en el sentido de una biopolítica obtendríamos una nueva lectura de la misma, que redefine radicalmente la teoría del poder de Foucault. Tomando prestada la lectura que hace Maurizio Lazzarato³⁰ sobre la misma cuestión, "*la economía debe transformarse en economía de las conductas, economía de las almas (¡la primera definición del gobierno de los Padres de la Iglesia vuelve a ser actual!)*". Y si esto es cierto ¿cuál es el papel que resta a las disciplinas? Pues con esta biopolítica ya no cabe establecer aquella diferencia de escala que se había insinuado originalmente: la vida en tanto que objeto de administración resulta, indistintamente, tanto una cuestión poblacional como una cuestión experiencial. Es justamente en este giro que se introduce con la historia de la gubernamentalidad con el que se solventa el problema del tratamiento polémico de la población. Bien es cierto que Foucault no recoge esta aproximación y se entrega, con la intuición del gobierno, al refugio ético-estético del sujeto. Pero no lo es menos que nos ofrece una línea que permite conectar directamente la intuición de una vida resistente con el análisis del liberalismo, justamente en la medida que se rompe la abstracción impolítica de la dimensión poblacional.

En el espacio abierto que ofrece la posmodernidad, la magnitud vectorial ya no puede componerse en el diagrama disciplinario, pero resulta válida para observar el dolor de cada vida, en tanto que vida administrada, vida sometida a la dinámica de la competencia o vida rota. Y justamente por eso da cabida a seguir pensado críticamente la contemporaneidad biopolítica del capitalismo, y además hacerlo en clave de resistencias. Dicho con un humor más hipotético que conclusivo: en un giro hasta cierto punto paradójico, la profundización en la lógica de la gubernamentalidad neoliberal ofrece una lectura de la relación entre vida y política que permite arrojar la biopolítica a la posmodernidad dotándola de algún sentido polémico. Es ahí donde la recogería Antonio Negri.

²⁸ Ibíd. pág. 158. Resultan especialmente interesantes las críticas vertidas por Foucault contra los situacionistas, hasta tal punto que sería posible leer la teoría del poder de Foucault en diálogo polémico constante con Debord.

²⁹ Ibíd. pág. 267

³⁰ M. Lazzarato: "Biopolitique/Bioéconomie", en *Multitudes* nº 22.

Bibliografía

- Deleuze, Gilles: *Conversaciones*. Valencia: Pre-Textos, 1996.
- -----, *Foucault*. Barcelona: Paidós, 1987.
- -Foucault, Michel: *Vigilar y Castigar: El nacimiento de la prisión*. Madrid: Siglo XXI, 1981.
- -----, *La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI, 2005
- -----, *Hay que defender la sociedad*. Madrid: Akal, 2003
- -----, *El nacimiento de la Biopolítica*. Madrid: Akal, 2009
- -----, *Seguridad, territorio y población*. Madrid: Akal, 2008
- -----, *Sobre la ilustración*. Madrid: Tecnos, 2006.
- Hardt, Michel & Negri, Antonio: *Empire*. Cambridge: Harvard University Press, 2000.
- Lazzarato, Maurizio: "Biopolitique/Bioéconomie" en *Multitudes* nº 22. Paris, 2005.